

Realismo de *Farabeuf*

Gabriel Zaid

Experimento. Ver un objeto luminoso, cerrar los ojos y ver que el objeto reaparece "en negativo". Fijándose más, ni siquiera hay que cerrar los ojos: sobre un muro que sirva de pantalla, los ojos, como en el cine, proyectan lo mismo, agrandando o empequeñeciendo las figuras según la distancia del "proyector" a la pantalla. Con cierto entrenamiento, se llega más lejos: a descubrir el diálogo constante de los ojos con la realidad, a volverse consciente (por observación de ese reflejo visual involuntario) de objetos que nos llamaron la atención, sin que nos diéramos cuenta.

Esta conciencia de la sensibilidad en diálogo con la realidad requiere observación. Valor civil, porque ver lo que no ven los demás complica la vida. Variedad de experiencias: la intensidad no basta para mejorar el registro de lo perceptible. Y también libertad: la realidad vivida se degrada en la pequeñez de la conciencia. Cada conciencia vive en la realidad que se merece.

Los aprendizajes visuales de Salvador Elizondo (la pintura, el cine, la fotografía) lo enfrentaron con estas dificultades. No casualmente publica *Farabeuf* a los treinta y cuatro años. Una primera novela como ésta no se escribe por accidente, ni como ejercicio formal, ajeno a la realidad. La prueba de su realismo está en la experiencia de leerla. Mi testimonio es el siguiente.

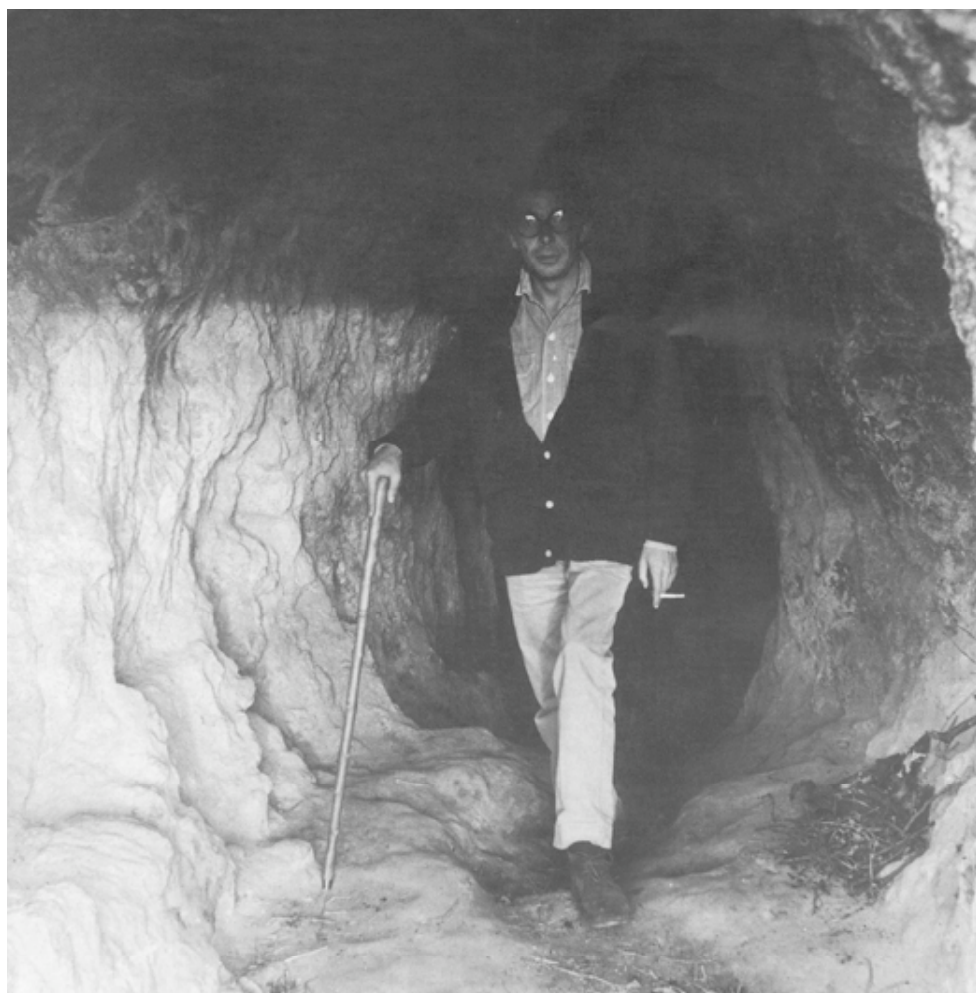
Viendo *El año pasado en Marienbad*, me aburrí en sus laberintos. Al empezar con *Farabeuf*, temí que me pasara lo mismo. Pero la lectura era fascinante. El vocabulario, la fantasía visual, la tónica de los sujetos verbales, me resultaban de una milagrosa (¿deliciosa?, ¿insolente?) exactitud. Me recordaban algún poema de Cernuda que ahora busco y encuentro: "Luis de Baviera escucha Lohengrin". Al avan-

zar en la lectura, tomaba forma la experiencia de una realidad enriqueciéndose, mostrada en un solo acto cada vez más intenso.

¿Mostrada? Participada vivamente. Esta tarde me sucedió algo insólito, que me tiene escribiendo sin parar. Así como he llegado a ver sombras, reflejos, proyecciones y otras reverberaciones visuales que están ahí, si uno se fija, empecé a ver sombras, reflejos, proyecciones y otras reverberaciones de un acto que acaba de hacer: que no acababa, porque seguía reverberando. Tuve que renunciar. Lo dejé hundirse en el océano de la realidad posible.

Quizá vuelva esta noche, en sueños. Quizá nunca. No se puede hacer una novela de cada acto, porque todas las novelas serían *Farabeuf*. Además, sólo algo como el trance de la muerte en un suplicio chino puede novelarse como proto-acto.

Conocer un proto-fenómeno en su elevada significación exige un espíritu creador que pueda abarcar muchas cosas con la mirada —dijo Goethe. Salvador Elizondo nos da acceso práctico en *Farabeuf* a la experiencia de ese conocimiento. Nos enfrenta a una zona de la realidad: la que ocupa nuestra conciencia cuando se ocupa de su propia inmersión en la realidad. **U**



© Patricia Larrosa